

## 11

## La ocupación humana de la Cova d'En Pardo y la construcción de un paisaje de montaña en el ámbito centromeridional valenciano

Gabriel García Atiénzar

Universidad de Alicante

Las distintas capas reconocidas por Vicent Pascual a lo largo de los trabajos de excavación de 1965 en la sala de la izquierda de la cueva de En Pardo han servido, prácticamente desde la finalización misma de aquella intervención, para establecer la antigüedad e intensidad de la ocupación de la cavidad (TARRADELL, 1969). El reconocimiento inicial de los distintos niveles y el análisis de los objetos recuperados han sido empleados por distintos investigadores (TARRADELL, 1969; FORTEA, 1973; MARTÍ, 1978; BERNABEU, 1982, 1989; PASCUAL, 1998; SOLER, 2002; CASABÓ, 2004; etc.) para el establecimiento de una secuencia crono-cultural que arrancaría en un momento impreciso del Paleolítico superior final/Epipaleolítico, a la que seguiría una fase de abandono, recuperándose la ocupación humana durante el Neolítico antiguo, presencia que, de manera casi ininterrumpida, se prolongaría hasta época moderna.

La extraordinaria secuencia arqueológica de la cavidad permite utilizar este yacimiento como hilo conductor para reconstruir cómo distintos grupos humanos ocuparon y articularon el territorio comprendido por los valles del norte de la actual provincia de Alicante. Si bien la información procedente de las campañas emprendidas por V. Pascual en la Cova d'En Pardo no ofrece rasgos suficientes como para desarrollar este asunto, las similitudes formales y artefactuales que ofrece con otros asentamientos permite su contextualización dentro de la construcción de los distintos paisajes sociales prehistóricos e históricos, entendiendo por “paisaje” el resultado de la integración del medio físico y de la acción del hombre sobre él a través de la implantación de un hábitat determinado y de la explotación de los recursos naturales que ese medio ofrece de acuerdo con unos fines económicos, sociales o políticos que condicionan el grado de esa explotación (OREJAS, 1991).

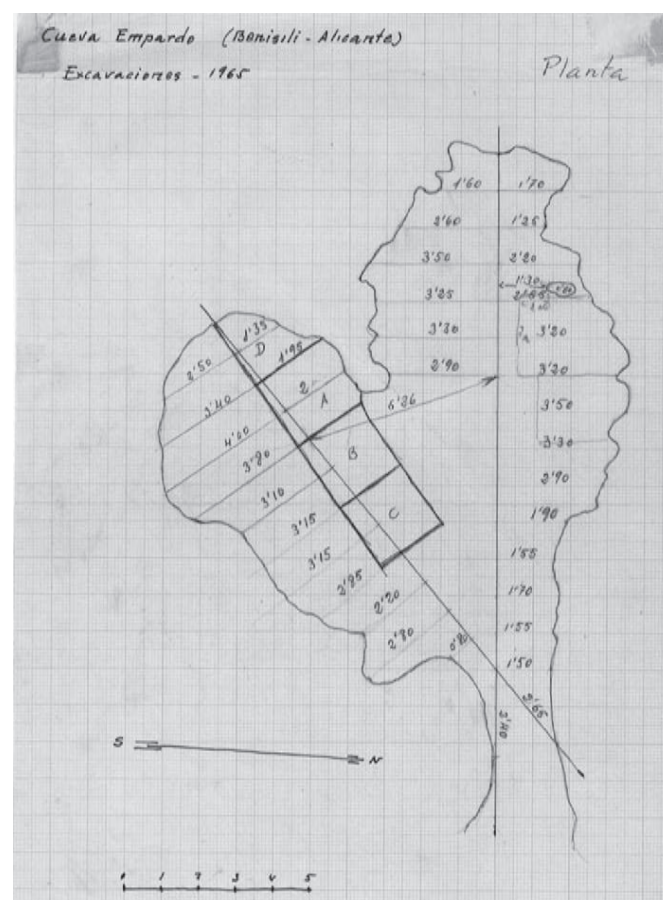


Figura 11. 1. Planta de la Cova d'En Pardo. Diarios de excavación, junio de 1965.

1. El primer episodio de ocupación: paleolítico superior final-epipaleolítico

La primera ocupación humana fue determinada por el propio M. Tarradell (1969) en los niveles basales de la cavidad, estratos que presentan un espesor superior a los dos metros y que se determinan a partir de la cota -1,60 m. La primera sistematización de estos niveles (Fortea, 1973) estableció un claro predominio de productos laminares de dorso abatido, piezas que, además, tendían a concentrarse en la parte superior de la secuencia estratigráfica, principalmente en las capas que van desde -2,00 m a -2,80 m (FORTEA, 1973: 221-222). El carácter reducido de los raspadores y de las laminas de borde abatido, la mayoría con retoque directo, abrupto y, en algunos casos, bipolar, permitió a J. Fortea proponer una cronología avanzada dentro del “Epigravetiense de Mallaetes” (FORTEA, 1973: 222; Casabó, 2004: 225). Por otra parte, el propio J. Fortea (1973) y, más tarde, J. Casabó (2004) no descartan la posibilidad de que algunas de las capas más inferiores pudieran adscribirse a algún momento indeterminado del Magdalenense superior final, según se desprendería de la presencia de punzones de sección circular, del descenso o desaparición de los dorsos y de la aparición de varios útiles de sustrato. Por último, y en las capas más inferiores (-3,40/-3,90 m), V. Pascual menciona la aparición de un reducido número de lascas de tradición musteriense, algunas hogueras y frecuentes huesos de cérvido que podrían situar la primera ocupación humana de la cavidad en el Paleolítico medio.

Ahondando en el estado actual de conocimiento del horizonte microlaminar en las comarcas meridionales valencianas (AURA y PÉREZ, 1995; AURA, 2001; AURA ET ALII, 2006; CASABÓ, 2004), se ha establecido la existencia de un momento antiguo, representado



Figura 11. 3. Coves de Santa Maira (Castell de Castells, La Marina Alta, Alicante).

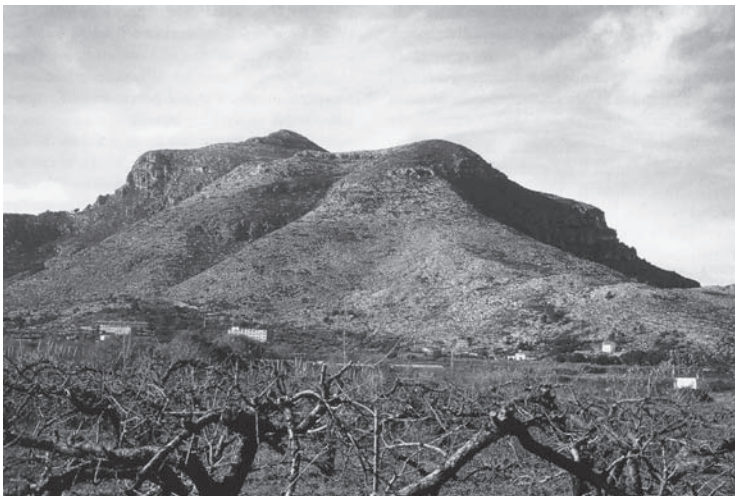


Figura 11. 2. Vista de la Serra del Mondúver en la que se abre la Cova de les Malladetes de Barx (La Safor, Valencia).



Figura 11.4. Barranc de Pelegrí; a la izquierda el yacimiento del Tossal de la Roca (Vall d'Alcalà, La Marina Alta, Alicante).

por la Cova de les Malladetes (niveles 6-8) y de raigambre magdalenense (AURA, 2001), y un horizonte más reciente con elementos sauveterroides, bien documentado en la Unidad 4 de Santa Maira (AURA ET ALII, 2006) y en el nivel IIb del Tossal de la Roca (CACHO ET ALII, 1995). En uno u otro horizonte se debe incluir un conjunto de yacimientos, entre ellos En Pardo, con las carencias apuntadas líneas atrás (series escasas, sin contexto y sin dataciones) que impiden situarlos con precisión en la horquilla cronológica que va desde el 11500 al 10000 cal BP.

Independientemente de si la ocupación de En Pardo se sitúa en uno u otro extremo de la secuencia microlaminar, la frecuentación de cavidades en esta región ha sido relacionada con el incremento de la presión humana sobre los valles interiores y la franja costera (AURA ET ALII, 2006: 106), zonas que en este momento serán entendidas como territorios complementarios con formas de explotación que combinan la atención sobre rebaños de cabras, pero también sobre ciervos y recursos de pequeño tamaño (lagomorfos, aves, peces y moluscos). Entre estos espacios se sitúan varios yacimientos que fueron ocupados de manera recurrente, aunque con periodos de desocupación, en relación a actividades cinegéticas, principalmente de cabra montés. Algunos de estos asentamientos, Santa Maira, Tossal de la Roca y la misma En Pardo, se sitúan en las divisorias de aguas que comunican la cubeta del Serpis con el entorno litoral: el Riu Ebo-Girona, el Riu Gorgos y la Vall de Gallinera, respectivamente, ubicación que ahonda en el sentido de movilidad relacionado con este entorno y estas cavidades. Las similitudes existentes en los equipos industriales de los yacimientos de costa e interior abren la posibilidad de que se trate de los mismos grupos que recorren las tierras bajas litorales y de media montaña estructurando y compartimentando el territorio en diferentes entornos que son explotados de manera intensiva (AURA, 2001).

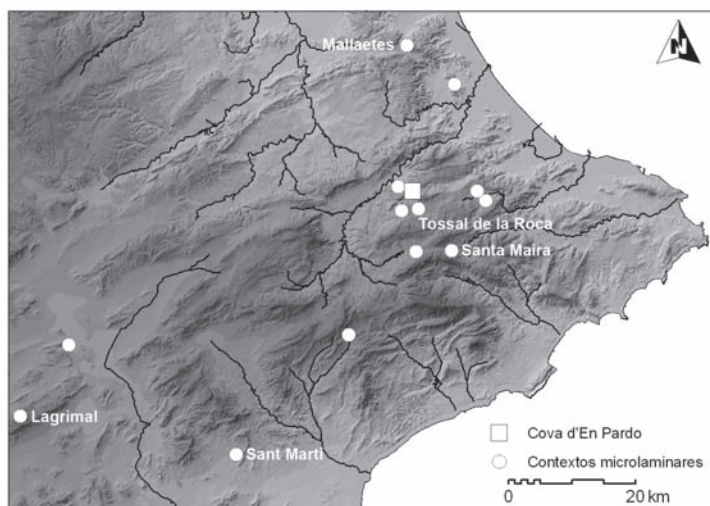


Figura 11.5. Localización de los yacimientos epipaleolíticos mencionados en el texto.

## 2. La ocupación neolítica de la cavidad

Tras esta presencia epimagdalenense, reconocida también a través de la estratigrafía documentada en los últimos años en la Sala de la Derecha (SOLER ET ALII, 2008), se determina una intensa ocupación en la que se pueden reconocer, con total seguridad, los distintos horizontes neolíticos advertidos a partir de excavaciones en cavidades como las de Or, Cendres o Falguera.

Gracias a las intervenciones recientes, hoy sabemos que las capas propias de los contextos cardiales *sensu stricto* (nivel VIII-VII de las excavaciones recientes) presentan una potencia inferior a las “capadas” realizadas por V. Pascual, hecho que, en última instancia, habría generado una suerte de “contexto aparente” con materiales epipaleolíticos, cardiales y epicardiales. Sin embargo, y a la vista de los resultados de las últimas intervenciones en el nivel VIII de la Sala de la Derecha, debemos llevar la primera presencia de grupos con economía de producción a los inicios mismos de la neolitización (SOLER ET ALII, E.P.).

### 2.1. La primera ocupación neolítica del territorio (5600-4900 cal BC)

Como muestra la cartografía del primer asentamiento neolítico (ver figura 11.9), los focos de habitación más intensos se documentan en el valle del Penàguila, en el curso medio del Serpis, en la Valleta d'Agres, en la Canal de Bocairent y en la comarca de La Safor, regiones en las que se observa como, desde el primer momento, existe la voluntad de organizar los diferentes espacios en pro de una explotación integral del territorio. Esta situación ha sido apuntada en diferentes ocasiones por J. Guilaine (1986; 2000) quien afirma que el conjunto cardinal franco-ibérico es su grupo cultural caracterizado por la fuerte adaptación a cada uno de los paisajes sobre los cuales se asienta al observarse que explotan aquellos recursos que quedan en las inmediaciones de los yacimientos de hábitat no limitándose únicamente a la producción agropecuaria.

Además de los asentamientos al aire libre, que por sus características y registro material debieron funcionar como el centro de las actividades de producción y reproducción social (GARCÍA ATIÉN-ZAR, 2009: 108-111), la frecuentación de cavidades como En Pardo debe jugar un papel importante a la hora de explicar los patrones de ocupación de las primeras comunidades neolíticas. Éstas aparecen diseminadas por el espacio aquí analizado y su presencia responde a distintos tipos de ocupación que, en última instancia, cabe explicar dentro de un sistema complejo de asentamiento y explotación del territorio.

En este sentido, las cuevas y abrigos con ocupaciones en momentos neolíticos iniciales no debemos interpretarlas como los lugares de hábitat -aunque alguna de ellas pudo serlo-, sino más bien como espacios aprovechados sistemáticamente como lugares de enterramiento, rediles, refugios ocasionales e, incluso, espacios de especial significado social como podría plantearse para algunas cuevas, como Cova de l'Or y la Cova de la Sarsa, teniendo en cuenta que su registro material está formado por elementos de carácter extraordinario como son el conjunto de vasos cerámicos con decoración simbólica (MARTÍ y HERNÁNDEZ, 1988), los tubos de



hueso interpretados como instrumentos musicales (MARTÍ *ET ALII*, 2001), vasos contenedores de ocre (GARCÍA BORJA *ET ALII*, 2004), un amplio conjunto ornamental (PASCUAL BENITO, 1998) o las acumulaciones de cereal torrefactado (HOPF, 1966). La existencia de estos elementos en Or y Sarsa les otorga una ocupación alejada de un uso exclusivamente habitacional, aunque también existen argumentos a favor de esto último como la presencia de recipientes cerámicos destinados a diferentes usos (almacenamiento, culinarios, etc.) útiles en proceso de elaboración o las propias características morfológicas de la cavidad en Or. El hecho de que aparezcan evidencias de inhumaciones humanas tanto en el interior de estas cavidades (Sarsa) como en cavidades próximas (Almud, Barranc de Castellet, Frontó, etc.) obliga a tomar en consideración la posibilidad de que estas dos cavidades pudieran ser lugares con una carga social relevante cuya funcionalidad se nos escapa: centros de redistribución de la producción (recordar la existencia de concentraciones de cereal) o lugares donde preparar y desarrollar rituales de diverso tipo (presencia de colorante en varios vasos).

Por otra parte, la ocupación de otro tipo de cavidades permite inferir la existencia de un complejo sistema de ocupación y explotación del territorio en el que cada tipo de asentamiento juega un papel distinto y/o complementario al del resto. En este sentido, los datos arrojados por el Abric de la Falguera permiten proponer un uso asociado al resguardo del ganado desde los inicios de la secuencia neolítica (GARCÍA PUCHOL, 2005; GARCÍA y AURA, 2006), aunque con una intensidad inferior a la observada en momentos posteriores. Las evidencias de la Fase VI de este asentamiento no se circunscriben únicamente a la actividad pecuaria, sino que muestran una serie de evidencias que permiten hablar de una ocupación diversificada. Similares a este yacimiento se presentan un buen número de abrigo y cavidades situadas en la periferia de

las zonas habitadas y explotadas durante estas fases iniciales del Neolítico de la zona. Entre estas ocupaciones, cabe reseñar los datos arrojados por el nivel VIII de la Cova d'En Pardo (SOLER DÍAZ *ET ALII*, e.p.) que permiten inferir diversas frecuentaciones a partir del 5600 cal AC relacionada con diversas prácticas económicas, entre ellas las cinegéticas, y que resultan previas a la intensificación ocupacional a la que asiste la cavidad a partir del tránsito entre el VI y el V milenio AC. La ocupación de estos y otros yacimientos como rediles, refugios, apostaderos de caza, etc. vendría a reforzar la idea de una gestión amplia de las diferentes posibilidades ofrecidas por el territorio.

En un momento contemporáneo a la primera ocupación neolítica de estas cavidades se debe situar la construcción del Foso 5 de Mas d'Is, cuyo el relleno inferior se data en torno al 5400 cal AC (BERNABEU *ET ALII*, 2003). Este asentamiento ocupa un punto central con respecto al valle del Penàguila y en torno a el parecen articularse las distintas unidades habitacionales documentadas en el paraje de Les Puntes. A esta ocupación en llano, la mejor documentada hasta la fecha, podrían añadirse otras como las observadas en el vecino valle medio del Serpis (Cantera de Benàmer, TORREGROSA *ET ALII*, ep), en la Valleta d'Agres (Les Dotze) o la Vall d'Albaida (Camí de Missena), asentamientos que tienden a ocupar también valles interiores con edafologías similares a las observadas en la partida de Les Puntes y rodeadas siempre por abundantes recursos hídricos, repitiendo así el modelo de búsqueda de nichos que aseguren la perpetuación de los elementos productivos.

A partir de los elementos y estructuras documentados en yacimientos como Mas d'Is, Cantera de Benàmer o Camí de Missena, estas unidades domésticas de producción podrían caracterizarse por cierta autosuficiencia en cuanto a la producción de aquellos elementos necesarios para su mantenimiento y perpetuación,



Figura 11.6. Paisaje de la cubeta del Serpis desde Cova de l'Or (Beniarrés, El Comtat, Alicante); en primer plano, la Serra del Benicadell



Figura 11.7. Vista del Barranc de les Coves en el cual se abre el Abric de la Falguera (Alcoi, l'Alcoià, Alicante)



Figura 11.8. El paraje de Les Punes desde La Serreta (Benifallim-Penàguila, L'Alcoià-El Comtat, Alicante).

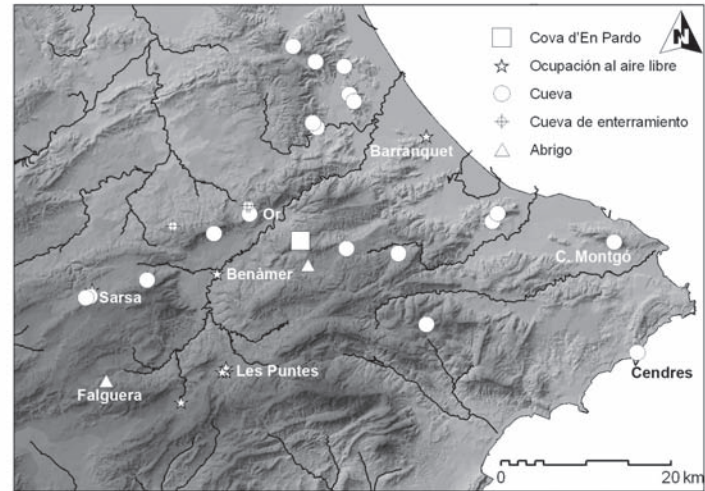


Figura 11.9. Localización de los asentamientos con contextos cardiales y epicardiales mencionados en el texto.

aunque este hecho no implica la ausencia de relaciones con el exterior ya que estos grupos serían por si mismos deficientes en el aspecto reproductivo lo que obligaría a mantener relaciones con otros grupos (MEILLASEAUX, 1977: 60), vínculos que, por otra parte, se observan gracias a la circulación de materias primas a través de estos territorios desde los primeros momentos de la secuencia.

No cabe duda de que, una vez implantados los primeros grupos cardiales en asentamientos al aire libre con un modo de vida plenamente agropecuario y en cavidades en las que se desarrollarían diversas actividades, mayoritariamente subsistenciales, se iniciaría un proceso de crecimiento y afianzamiento demográfico con el objetivo de consolidarse territorialmente, creándose a partir de este momento un territorio social perteneciente a la comunidad.

Según se determina en la cartografía de la neolitización presentada por Juan-Cabanilles y Martí (2002) y pormenorizada aquí para el territorio de las comarcas meridionales del País Valenciano (ver fig. 11.9), el horizonte de las cerámicas epicardiales (ca. 5300-4900 cal AC) se puede vincular con un proceso de difusión de las innovaciones neolíticas por buena parte de la península Ibérica. En una escala más concreta, para las comarcas valencianas este horizonte crono-cultural supone un incremento notable en cuanto al número de asentamientos, tanto en la zona pionera advertida para los contextos cardiales, como fuera de ella. Así, la presencia de decoraciones cerámicas que se alejan del mundo de lo estrictamente cardinal en territorios como el valle del Vinalopó, la Foia de Castalla o el Camp d'Alacant vienen a representar un aumento cuantitativo del número de evidencias. En otros trabajos se ha planteado que este momento cabría considerarlo como parte de una expansión neopionera tras la consolidación de las sociedades agropecuarias en el territorio de asentamiento pionero vinculado al cardinal *sensu stricto* (JOVER, MOLINA y GARCÍA, 2008).

Buen reflejo de este proceso de segregación, afianzamiento y consolidación territorial lo encontramos en el valle del Penàguila donde aparecen nuevos yacimientos al aire libre (MOLINA, 2003). Las relaciones entre estos asentamientos en llano son difíciles de establecer, pudiendo tratarse, incluso, de un mismo grupo que explota diversas zonas, de forma simultánea o sucesiva en el tiempo, coincidiendo con un modelo agrícola intensivo basado en la huerta, la azada y el barbecho (BERNABEU, 1995) que implicaría el traslado hacia nuevas zonas una vez agotadas las explotadas anteriormente. La movilidad de las unidades habitacionales a lo largo del territorio, la sencillez de los medios de producción necesarios para la subsistencia y la amplia disponibilidad de recursos naturales (materias primas, tierras y pastos) limitaría la aparición de procesos de disimetría social y de formas de dominio estables, siendo los procesos de segmentación del grupo el elemento clave para dar salida a las potenciales crisis generadas por el aumento de las fuerzas productivas dentro de estas comunidades aldeanas.

Tal y como indica el registro arqueológico y cronológico de las distintas estructuras documentadas en Mas d'Is (BERNABEU ET ALII, 2003; BERNABEU y OROZCO, 2005), unos 500/400 años después del primer asentamiento neolítico en el paraje de Les Punes se constata la construcción del Foso 4 (ca. 5050 AC) que parece guardar una concentración de concentricidad con el Foso 5 que en este momento parece haber quedado colmatado parcialmente. Esta estratigrafía horizontal vendría a indicar que el foso exterior (Foso 4) heredaría la función social del anterior. Se ha planteado que las actividades de construcción de los fosos implicarían un evidente carácter suprafamiliar y pudieron haber sido coordinadas por uno o varios personajes con una preeminencia social especial, posiblemente otorgada por el criterio de la anterioridad o la edad, capaces de movilizar una enorme capacidad de trabajo que Bernabeu y otros (2006: 109) han estimado en unas 100.000 horas/persona en

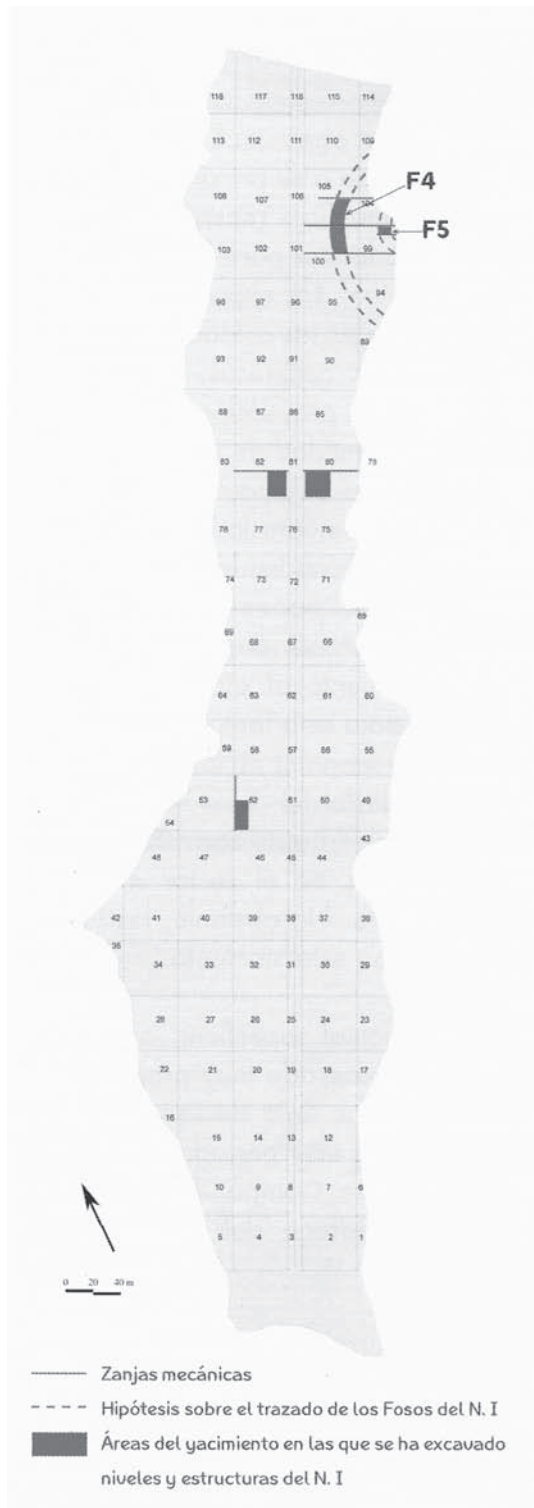


Figura 11.10. Trazado hipotético de los fosos de Mas d'Is (Benifallim-Penàguila, L'Alcoià-El Comtat, Alicante) (BERNABEU ET ALII, 2002: 181).

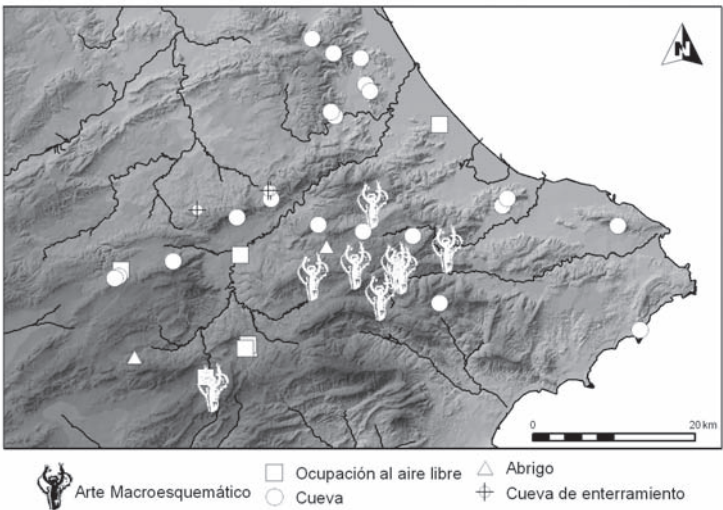


Figura 11.11. Localización de las manifestaciones de Arte rupestre Macroesquemático y su relación con el territorio de implantación cardial.

la horquilla cronológica que abarca la excavación de ambos fosos (unos 500 años).

De esta manera, construcción de grandes fosos, que se mantendrán en uso durante largo tiempo como lugares de agregación (BERNABEU ET ALII, 2003; BERNABEU y OROZCO, 2005), la multiplicación de yacimientos con cerámica cardiales o inciso-impresas dentro del territorio inicialmente ocupado (MOLINA, 2003), el uso de cuevas como lugar de enterramiento colectivo (BERNABEU ET ALII, 2001) o el desarrollo una serie de manifestaciones gráficas singulares como son el Arte rupestre Macroesquemático (MARTÍ y HERNÁNDEZ, 1988) y el Arte rupestre Esquemático (TORREGROSA, 2000/2001), son algunos de los argumentos que permiten plantear que durante la segunda mitad del VI milenio AC se produjo la ocupación efectiva a partir de procesos de segregación social y la expansión territorial dentro del área geográfica comprendida entre los ríos Serpis y Algar con el objetivo de consolidar una entidad social tribal con un modo de vida agropecuario y un territorio social claramente delimitado.

En este proceso de afianzamiento social, el arte viene a jugar un extraordinario papel en tanto permite definir la progresividad y estructuración del proceso. Las manifestaciones macroesquemáticas vienen a delimitar el espacio ocupado por los grupos pioneros cardiales (MARTÍ y HERNÁNDEZ, 1988). Pero su localización espacial también nos habla de una funcionalidad intragrupal si atendemos a la especial concentración observada en los valles intramontanos situados entre el sector central en torno al Serpis y la costa. A este respecto, los abrigos del Pla de Petracos han sido interpretados como un santuario cardial en el que se representa la iconografía simbólica de estas primeras comunidades agropecuarias organizada en una estructura piramidal que gira en torno a la figura del



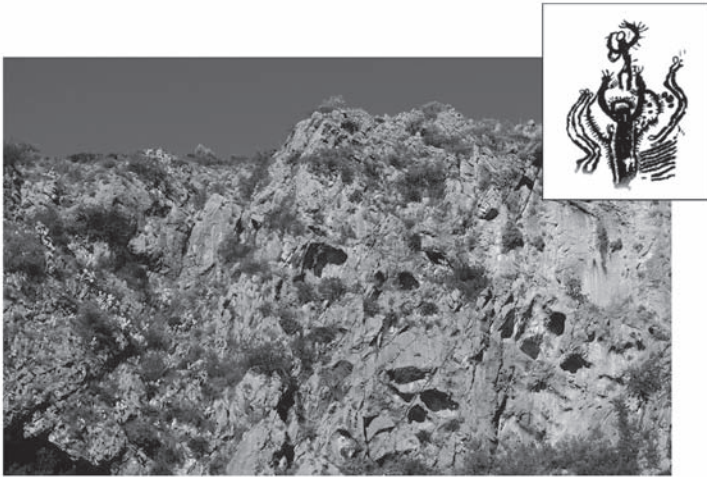


Figura 11.12. Pared en la cual se ubican los abrigos con Arte Macroesquemático del Pla de Petracos (Castell de Castells, La Marina Alta, Alicante) y orante del abrigo V.

orante (Hernández, 2003). Esta especial organización otorgaría a este conjunto un valor de santuario de agregación social de los diferentes grupos cardiales diseminados por el territorio. Esta concentración, además, se localiza en el centro del llamado territorio cardinal siendo accesible fácilmente desde cada uno de los polos de poblamiento mencionados anteriormente. Este hecho reforzaría su valor de agregación social en donde reivindicar los lazos de unión de la comunidad tribal, además de llevar a cabo actividades tendentes a afianzar el sentimiento de grupo. La iconografía mostrada en estos abrigos hace referencia a ritos de fecundidad, petición y familia, los tres ejes básicos de cualquier comunidad de base agropecuaria. Así, el Arte Macroesquemático jugaría un papel de aglutinador del grupo funcionando sus abrigos como zonas de agregación tribal y como delimitadores del espacio de una comunidad con fuertes lazos de parentesco.

Por otro lado, el Arte Esquemático cuenta con un número de estaciones mucho más elevado al tratarse de una manifestación de larga duración, aunque algunos de sus motivos pueden remontarse a los inicios del Neolítico, especialmente los antropomorfos en doble "Y", en "X" (TORREGROSA y GALIANA, 2001). La localización de los abrigos con Arte Esquemático, principalmente aquellos con la presencia de los motivos señalados, se extiende por el Prebético meridional valenciano, coincidiendo territorialmente con el área de mayor concentración de yacimientos cardiales/epicardiales. Su localización espacial difiere diametralmente de la observada para el Arte Macroesquemático al ubicarse a lo largo de varios espacios geográficos en entornos muy diversificados según su ubicación en cerros individualizados, zonas de paso, estrechos y puertos (TORREGROSA, 2000/2001). La iconografía representada en los abrigos con las manifestaciones mencionadas repite *grosso modo* algunos de los convencionalismos observados en el Arte Macroesquemático lo que podría estar evidenciando la asociación directa entre estos dos horizontes artísticos.

## 2.2. El territorio postimpreso

Si atendemos a la dispersión de yacimientos con contextos postimpresos (ca. 4900-3800 cal AC), definidos por la desaparición de las decoraciones impresas y el auge de otras técnicas como el tratamiento peinado, se observa una cierta estabilización en cuanto al número de asentamientos en el territorio de las comarcas centro-meridionales valencianas, aunque un análisis más detallado de estas ocupaciones nos pone sobre aviso de la existencia de cambios notables en cuanto a los modos, ritmos y frecuencias de ocupación.

Durante los primeros siglos del V milenio cal AC se determina como algunas cavidades empiezan a ser ocupadas de manera más o menos intensiva con fines pecuarios, uso que hasta la fecha tan sólo se documentaba de manera intermitente en algunas cavidades como Falguera (GARCÍA y AURA, 2006). Esta modificación, advertida a partir de los registros antracológicos y microsedimentológicos de cavidades como Falguera, Cendres, Bolumini o Santa Maira (VERDASCO, 2001, BADAL, 1999; 2002), ha permitido presentar un panorama regional en el cual la intensificación de los recursos pecuarios refleja una extensión del sistema productivo, posiblemente a causa de un aumento demográfico paulatino, hecho observable tanto en la cuenca del Serpis como del Albaida a través de un número creciente de asentamientos al aire libre fuera de las zonas previamente ocupadas (GARCÍA ATIÉNZAR, 2008).

Pero en los albores del V milenio AC se asiste también a modificaciones en la funcionalidad y estacionalidad de varias cavidades, aunque puede que se trate más de una intensificación de la ocupación que de un cambio propiamente dicho. Se observa como diversas cavidades que se habían empleado anteriormente como lugares de hábitat, ocupaciones esporádicas o refugios, ven transformada la intensidad de su ocupación convirtiéndose algunos de ellos en rediles para el ganado. El mejor referente para este tipo de transformación lo encontramos en la Punta de Moraira, en la Cova de les Cendres (Teulada) donde, desde los niveles asociados al horizonte postcardial y hasta la Edad del Bronce, se documentan una serie de estructuras de combustión que se han asociado a la práctica controlada de desinfectar con fuego el interior de las cavidades tras haber sido empleadas como corrales de ganado. A las evidencias documentadas en Cendres debemos sumar las observadas en otras cavidades abiertas en las sierras localizadas entre la cuenca alta/media del Serpis y la costa. Así, los niveles postcardiales de yacimientos como Abric de Falguera, Coves de Santa Maira, Cova d'En Pardo o Cova Bolumini presentan una notable transformación sedimentológica generada por la actividad humana y asociada al uso de las cavidades para estabular y alimentar al ganado (BADAL, 1999; 2002).

Como en épocas anteriores, determinar la estacionalidad de uso para estas cuevas resulta complejo, aunque lo que parece evidente es que pudo estar relacionado con el traslado de ganado, posiblemente de carácter estacional, desde las zonas de hábitat, situadas en los fondos de los valles, hacia las sierras interiores, evidenciando así un proceso de intensificación de la actividad pastoril no conocido hasta el momento. Este tipo de movimientos entre las tierras altas y las tierras bajas también han sido documentados



Figura 11.13. Vista de la punta de Moraira a en la cual se abre la Cova de les Cendres (Teulada-Moraira, La Marina Alta, Alicante).

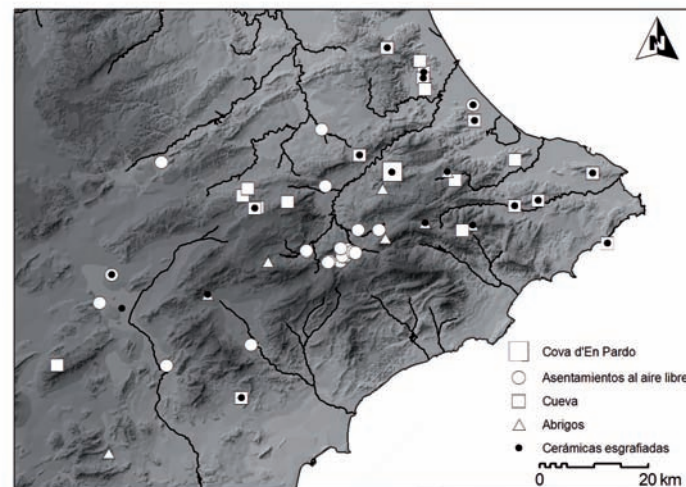


Figura 11.14. Localización de los asentamientos con contextos postcardiales.

en otras zonas de la vertiente mediterránea occidental (GEDDES, 1983; HALSTEAD, 2002), aunque debemos observarlos aquí con las matizaciones impuestas por variables como la topografía o la climatología. Si consideramos que estas cavidades pudieron estar en uso durante la primavera y los primeros meses estivales a partir de algunos indicios arqueológicos documentados en el Abric de la Falguera (individuos neonatos, dientes deciduales, etc.), esta ocupación cuadraría con el momento de crecimiento de los campos de cultivo, lo que evitaría problemas de consumo de los mismos por parte de los rebaños, y con la mayor presencia de herbáceas y forraje en los montes tras las lluvias y las nieves de los meses invernales. No obstante, extrapolar este periodo de ocupación al resto de cavidades mencionadas resulta complejo en tanto no disponemos en la actualidad de los datos suficientes que permitan avalar plenamente esta posibilidad.

Este tipo de práctica ganadera cuadra bien con el aumento tanto demográfico como poblacional que parece tener lugar en este momento. Este crecimiento llevaría parejo el aumento de la cabaña animal con la consiguiente necesidad de buscar alimentos estables durante todo al año evitando al mismo tiempo que se pusieran en peligro otros recursos como la agricultura. Al tiempo que se observa este incremento en la actividad pastoril, el registro paleo-ambiental documenta un aumento de herbáceas y una progresiva transformación del entorno inmediato de los yacimientos (VERNET, BADAL y GRAU, 1987; DUPRÉ, 1988; CARRIÓN, 1999; 2005), lo que podría ponerse en relación con la apertura de espacios boscosos para su conversión en pastos.

Al igual que se documentaba para la primera expansión observada durante momentos epicardiales (GARCÍA ATIÉNZAR, 2002/2003), la multiplicación de focos al aire libre podría responder a la segmentación desde las distintas unidades habitacionales asentadas en el fondo de los valles del Serpis, Penàguila o Albaida motivada por el crecimiento demográfico y/o la necesidad de más espacios

de cultivo. Pero esta segregación no supone una ruptura total con el modelo de ocupación y gestión del territorio observado hasta el momento pues los yacimientos detectados fuera del ámbito del Penàguila, que en este momento parece estabilizarse e incluso reducirse, repiten de alguna manera el sistema conocido hasta el momento. Es decir, se ocupan zonas vinculadas estrechamente a recursos hídricos, principalmente las terrazas del Riu Seta, Riu d'Alcoi i Riu d'Albaida. Todos estos yacimientos siguen localizándose sobre zonas con suelos ligeros, de bajo índice de pedregosidad y con buena retención de la humedad, es decir, áreas con un alto potencial agrícola similares a las documentadas en la Vall del Penàguila. Esta continuidad evidente en cuanto al modelo de asentamiento invitaría a pensar en una perduración de las técnicas agrícolas y, por tanto, de buena parte del sistema de producción.

Los cambios que se están operando en este momento en las estructuras económicas y sociales bien podrían tener su reflejo en la transformación del mundo ideológico si aceptamos la propuesta elaborada por LI. Molina, O. García y M<sup>a</sup>.R. García (2003), quienes han planteado para el inicio del Arte rupestre Levantino una cronología posterior al primer cuarto del V milenio cal AC, coincidiendo, *grosso modo*, con las transformaciones operadas en el patrón de asentamiento y en la estructuración económica del territorio apuntada anteriormente. Este arte podría estar manifestando la transformación/consolidación de las estructuras socioeconómicas en las que las actividades pastoriles y cinegéticas empiezan a cobrar importancia, aunque esta manifestación también otorga un peso significativo a otras actividades como la recolección, actividades de carácter social, etc. Así, el arte se convertiría en un instrumento de refuerzo y justificación de la nueva realidad socioeconómica generada tras el asentamiento inicial en los territorios de expansión neopionera.

Uno de los elementos mejor representados en esos abrigos con Arte rupestre Levantino son las escenas de caza, posibilidad



funcional que también debería considerarse para algunas de las cuevas y abrigos que se sitúan en las cabeceras o en los mismos valles en los que se localizan muchas de estas manifestaciones. Centrándonos en las comarcas centromeridionales valencianas, el desarrollo de esta manifestación podría estar en relación con la puesta en explotación de estos valles y la intensificación de la actividad pastoril y cinegética. Si se acepta la posibilidad de que la autoría de este arte pertenece a los grupos plenamente neolíticos (HERNÁNDEZ y MARTÍ, 2000/2001), este horizonte artístico podría relacionarse con la movilidad de estos grupos sobre el territorio, explicación que cuadraría con la intensificación de los movimientos de ganado que parece ocurrir en este momento a tenor de la aparición de nuevos yacimientos y la funcionalidad de los mismos. Estas transformaciones podrían estar representadas en las superposiciones advertidas de Arte Levantino sobre Arte Macroesquemático (La Sarga, abrigo I, panel 2; Barranc de Benialí, abrigo IV, panel 2) que indicarían la ruptura o reformulación del modelo territorial con respecto a la fase precedente y el inicio de un intenso desarrollo de la actividad pastoril a partir de este momento.

Volviendo a un escenario más general, los trabajos de Ll. Molina, O. García y M<sup>a</sup>.R. García (2003; 2004) vienen a vincular la presencia del Arte rupestre Levantino con grupos neolíticos (o neolitizados en aquellas regiones en las que se mantiene la existencia de un proceso de aculturación para las poblaciones mesolíticas), alejándolos de la posibilidad de que se tratase de un arte vinculado al proceso de transformación cultural de las sociedades mesolíticas locales, situación para la que ya se ha establecido la importancia de las manifestaciones rupestres esquemáticas de influencia macroesquemática como reflejo de la expansión neolítica (HERNÁNDEZ, 2005). Así, y tomando en consideración el registro material, simbólico y económico en su conjunto, podríamos plantear que el Arte rupestre Levantino empieza a desarrollarse en el momento en el

que los grupos humanos consolidan plenamente el nuevo modelo económico. No obstante, y manteniendo la vista sobre el registro de la fase final ahora considerada, creemos que el Arte Levantino debe ser asociado, al menos fuera del área nuclear, a un proceso de larga duración.

De esta manera, a partir del 5000/4800 cal AC se asiste a una inflexión en el poblamiento neolítico de la zona, transformación que no sólo afectaría a las estructuras simbólicas sino que también se documenta a nivel social y económico. La desaparición de los centros de agregación social (fosos monumentales, santuarios de Arte Macroesquemático) iría asociada a la ruptura de la unidad intragrupal y, por extensión, de la supraestructura simbólica que había sido consustancial a las primeras comunidades neolíticas asentadas en las actuales comarcas del norte de Alicante y sur de Valencia.

La segunda mitad del V milenio cal AC presenta mayores problemas para su reconocimiento. Tradicionalmente, este momento, también denominado Neolítico IIA e identificado originalmente a partir de los datos estratigráficos de la Cova de les Cendres (BERNABEU, 1989: 89), se caracteriza por la presencia equilibrada de decoraciones esgrafiadas y el tratamiento peinado de las superficies. El hecho de que las superficies peinadas se documenten desde finales del VI hasta los inicios del IV milenio cal AC dificulta el correcto reconocimiento del llamado horizonte de las cerámicas esgrafiadas, horizonte que tan sólo ha podido ser individualizado en el nivel V de Cendres (BERNABEU, 1989), nivel IV de En Pardo (SOLER ET ALII, 2008) y, más recientemente, en determinadas estructuras del asentamiento costero del Tossal de les Basses de Alicante (ROSSER y FUENTES, 2008). El resto de evidencias de decoración esgrafiada aparecen más o menos descontextualizadas o entremezcladas con materiales que *grosso modo* pueden situarse en torno al V milenio cal AC. La observación detenida del registro lítico de este horizonte postimpreso (GARCÍA PUCHOL, 2005) ha permitido constatar que en este momento también se produce un cambio significativo con respecto a las fases anteriores caracterizado por la regularidad de los soportes laminares, la constatación generalizada de materias primas foráneas y la documentación de las técnicas por presión.

Estos indicios implicarían un cambio de tendencia que permite relacionar la región centromeridional valenciana con el grupo cultural de Sepulcros de Fosa, localizado en la región meridional catalana, y, por extensión, con la cultura francesa de Chassey. Sin embargo, el número de contextos se antoja aún insuficiente como para establecer una correcta caracterización de los patrones de ocupación y explotación del territorio en torno a la segunda mitad del V milenio e inicios del IV milenio cal AC.

### 2.3. Eneolítico: la intensificación del poblamiento y el fenómeno de inhumación múltiple

Con posterioridad al momento caracterizado por la presencia de cerámicas esgrafiadas, en la Cova d'En Pardo se definen una serie de ocupaciones vinculadas con el uso funerario que ocupan las capas iniciales definidas por V. Pascual, estratos que se corresponden con los niveles III (Eneolítico) y II (Bronce Final) de las in-



Figura 11.15. Superposición de motivos levantinos sobre macroesquemáticos en La Sarga, abrigo I, panel 2 (HERNÁNDEZ, FERRER Y CATALÀ, 1988. Figura 5).

tervenciones recientes (SOLER DÍAZ, 1999, 2002; SOLER *ET ALII*, 1999).

La generalización del fenómeno de inhumación múltiple se produce a partir de la segunda mitad del IV milenio cal BC, aunque ya hemos comentado anteriormente que la existencia de este tipo de ritual se retrotrae a los inicios mismos del Neolítico, siendo En Pardo un buen ejemplo al haberse documentado restos humanos en distintos niveles de ocupación (SOLER *ET ALII*, 2008). Esta proliferación coincide en el tiempo con una notable intensificación en el poblamiento en llano. Este hecho se asocia en las comarcas centromeridionales valencianas a la aparición de centros de habitación agregados y delimitados por fosos (BERNABEU *ET ALII*, 1993; 1994; BERNABEU y PASCUAL, 1998). Según los datos arrojados por el yacimiento de Niuët, en este momento se asiste a la concentración de diversas unidades productivas, representadas por cabañas, lo que nos estaría indicando la fusión de varias unidades domésticas o linajes que pudieron guardar lazos de parentesco. Las motivaciones que condujeron a estas unidades productivas a renunciar al patrón disperso que se venía documentando desde el Neolítico antiguo son difíciles de establecer con el registro actual, aunque se observan ciertos elementos de juicio.

El modelo de poblamiento disperso basado en la segmentación de unidades productivas como forma de sustentar la reproducción social encontraría una serie de limitaciones en el momento en el que el aumento de las fuerzas productivas fuera tal que se limitasen las posibilidades de expansión territorial. Llegado a este momento, se produciría una contradicción que tan sólo se superaría con la introducción de cambios en el modo de producción, transformaciones que tienen su reflejo en el registro arqueológico y territorial, principalmente en la segunda mitad del IV milenio cal AC.

El aumento de la producción exigido por el crecimiento paulatino de la demografía ya no se haría a expensas de una expansión

territorial al encontrarse el territorio plenamente ocupado, sino que se realizaría incrementando la inversión laboral sobre la tierra. Así, el aumento de la inversión de trabajo se traduciría en la creación de unidades productivas de mayor tamaño capaces de poner en explotación una superficie mayor. Para conseguir un aumento de la producción se produciría un giro hacia una agricultura extensiva basada en el secano (BERNABEU, 1995), la especialización sobre una serie de cultivos mejor adaptados (PÉREZ JORDÀ, 2005) y un mejor aprovechamiento de los recursos animales (PÉREZ, 1999).

Esta intensificación sobre el principal medio de producción, la tierra, debió derivar en una incipiente competencia entre las diversas comunidades asentadas en cada territorio. La necesidad de delimitar estos espacios ocupados y explotados requeriría de un proceso de apropiación que tendrá en las manifestaciones funerarias parte del sistema de legitimación. Las sierras que rodean la cubeta central del Serpis son buen ejemplo de esta situación al haberse documentado más de una decena de cavidades con niveles funerarios en su interior. Estas cavidades, entre las que cabe incluir la de En Pardo, se ubican en lugares desde los que fácilmente se visualiza el territorio circundante en el cual se ubican los asentamientos al aire libre. En este sentido, debemos mencionar los hallazgos de los asentamientos de La Parà (Al Patró) (ver Molina Hernández, este mismo volumen) y de Tros de la Bassa (Planes, Alicante) (Pascual, 1986) situados a 3 y 4 km de distancia, respectivamente, con respecto a la Cova d'En Pardo. En ambos casos, estos asentamientos parecen responder, según se desprende de los materiales recuperados y de las estructuras observadas, a yacimientos de hábitat.

Pero la ubicación de estas cavidades también puede relacionarse con otros criterios como el hecho de que se localizan en pasos montañosos, cambios de vertientes de agua, zonas naturales de

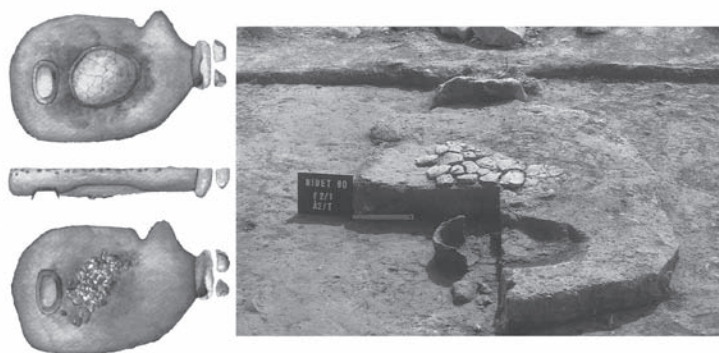


Figura 11.16. Estructura de combustión (Planta, sección y fotografía) documentada en el poblado eneolítico de Niuët (l'Alqueria d'Asnar, El Comtat, Alicante) (BERNABEU *ET ALII*, 1994: Figura 2.7).

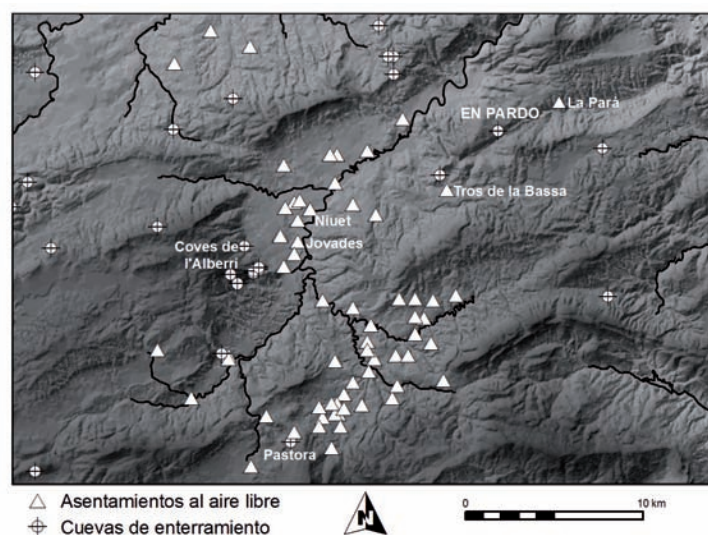


Figura 11.17. Localización de evidencias arqueológicas al aire libre y de las cavidades con inhumaciones múltiples en el alto y medio Serpis.

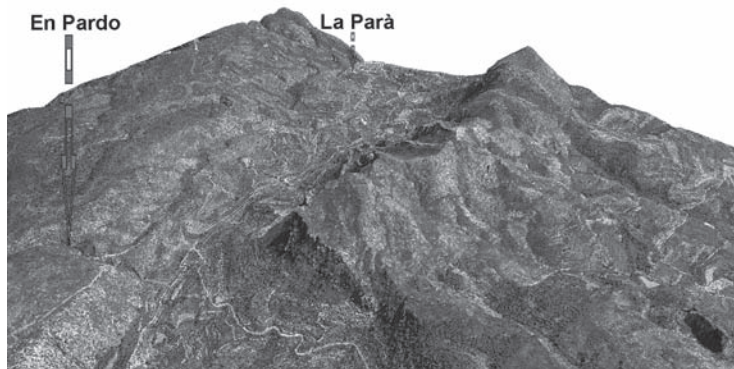


Figura 11.18. Vista aérea de la Vall de gallinera con la ubicación de la Cova d'En Pardo y del asentamiento al aire libre de La Parà (Alpatró, la Vall de Gallinera, la Marina Alta).

tránsito, etc. El caso de En Pardo resulta paradigmático en tanto se localiza en el cambio de aguas que marca el tránsito entre la Vall de Gallinera, donde se encuentra el mencionado asentamiento de La Parà, y la Vall de Planes, salida natural hacia el valle del Serpis. Este hecho, que se repite sistemáticamente en otras cavidades con niveles de inhumación múltiple del Levante peninsular, vendría a reforzar la idea de una delimitación social del espacio a través de la inhumación en estas cavidades de miembros de la comunidad siguiendo un ritual basado en enterramientos sucesivos en el tiempo en los que los cuerpos recibían un tratamiento especial con el depósito de un ajuar destinado a perpetuar en la vida del más allá las prácticas de la vida cotidiana observadas en los yacimientos de hábitat.

De esta manera, las comunidades asentadas en un territorio concreto institucionalizarían los derechos sobre los recursos contenidos en cada unidad fisiográfica frente a otras comunidades vecinas (VICENT, 1990), pero no sólo de cara al exterior, sino también de una forma interna, consolidando los lazos de pertenencia a la comunidad. En última instancia, este tipo de ritual funerario no haría más que reforzar la idea de que estamos ante sociedades que priman la pertenencia a un grupo unido por lazos de parentesco por encima de la individualidad y en las que las relaciones espaciales existentes entre los sepulcros y los asentamientos servirían para consolidar los vínculos grupo-territorio.

### 3. Hacia el final de la prehistoria

Si bien las primeras aproximaciones que de la cavidad se llevaron a cabo culminaban la ocupación de la misma en este nivel de enterramiento calcolítico, la revisión posterior de los materiales ha deparado la existencia de materiales propios de la Edad del Bronce, más concretamente al Bronce Final (SOLER ET ALII, 1999). Esta

reutilización de la cavidad como espacio funerario no es exclusiva de En Pardo sino que puede hacerse extensiva a otras cavidades de la zona (JOVER y LÓPEZ, 1995), pudiendo destacarse el caso de la Cova de la Pastora (Alcoi), recientemente revisada, en la que se aprecia gracias al análisis de los ajuares funerarios y de la amplia serie de dataciones radiocarbónicas una continuidad en su utilización durante el horizonte campaniforme, hecho bastante extendido en otras cavidades, y la Edad del Bronce (McCLURE, GARCÍA y CULLETON, 2010), perduración ya constatada a través del análisis de los ajuares metálicos (SIMÓN, 1998).

Para el caso de En Pardo, los materiales correspondientes a momentos finales de la Edad del Bronce aparecieron en la parte superior de la estratigrafía mezclados con elementos de diversas épocas lo cual explica que pasaran inadvertidos hasta revisiones posteriores en las que ya se contaba con un mejor conocimiento de la secuencia de la Edad del Bronce regional.

El primer trabajo que menciona la presencia de materiales propios del Bronce final en la Cova d'En Pardo se lo debemos a M<sup>a</sup>.M. Gil-Masarell (1981) quien hace referencia a la presencia de "fragmentos de vasos que, por sus perfiles, se clasifican en la etapa del Bronce Final" (GIL-MASARELL, 1981: 37; fig. 3-7). A esta referencia se une años más tarde la publicación de nuevos fragmentos cerámicos también asimilables al Bronce final (MATA, MARTÍ e IBORRA, 1994/1996: fig 6, 3-4 y fig. 7, 5-6). Estos materiales dispersos por la superficie de la cavidad cobraron sentido gracias a las excavaciones recientes (SOLER ET ALII, 1999) en las que se pudieron determinar la existencia de dos fosas excavadas en las que se introdujeron sendos enterramientos secundarios, uno de los cuales arrojó una fecha propia del Bronce final (Beta-124123: 2920±70 cal BP - 1215-1000 cal BC 1σ).

De esta manera, la perduración del ritual de inhumación múltiple en el interior de cavidades habría quedado enmascarado hasta la fecha en tanto en muchas de estas cavidades presentaban niveles de inhumación eneolíticos que ocultaban usos posteriores. Así, la presencia de materiales propios del Bronce final en las comarcas centromeridionales valencianas resulta un hecho que se repite en un buen número de cavidades (SOLER DÍAZ, 2002), muchas de las cuales muestran la asociación con restos humanos. De esta manera, en la vecina Valleta d'Agres se documentaron materiales correspondientes al Bronce Final en la Cova dels Pilars, Cova del Moro y Covo Bolumini. En los tres casos se ha expuesto (SOLER ET ALII, 1999: 166-168) la existencia de un uso relacionado con la inhumación múltiple durante el eneolítico, uso que debe muy probablemente deba retomarse en el Bronce final según se desprende de la aparición de materiales tan propios de este momento como el fragmento de brazalete de marfil aparecido en la Cova dels Pilars (LÓPEZ, 2009), los fragmentos de bases planas en la Cova del Moro (ASQUERINO, 1979) o los fragmentos con decoración incisa a base de retículas, alguna de ellas rellenando triángulos (LORRIO, 1996). Algo parecido se puede argumentar para la Cova de la Pastora (Alcoi) en donde, junto a un extraordinario conjunto de ajuares funerarios de cronología eneolítica, se recuperaron varios objetos (anillo de cobre, vaso de paredes planas y borde exvasado, bases planas con y sin talón, fragmentos con decoración incisa a base de rombos, etc.), algunos de los cuales aparecieron en clara asociación



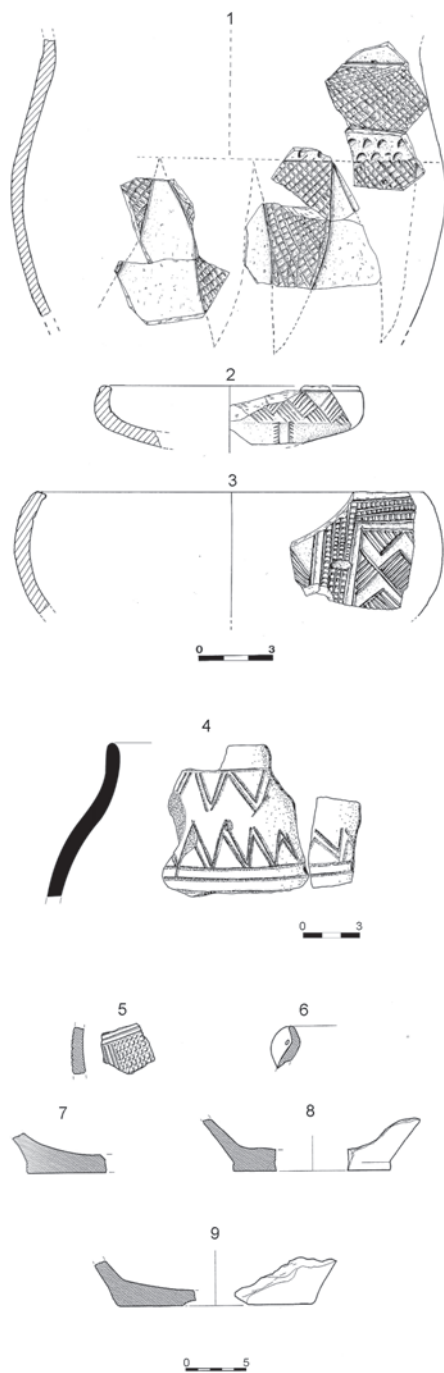


Figura 11.19. Elementos cerámicos característicos del Bronce Final (1-3: Cova Bolomini, Lorrio 1996; 4: Cova de la Moneda, Fairén y García 2004; Cova d'En Pardo, SOLER ET ALII 1999).

con determinados individuos (SOLER DÍAZ ET ALII, 1999; SOLER DÍAZ, 2002). Con mayores problemas derivados de la escasez del registro, de la Cova de la Moneda de Ibi, situada en el otro extremo del barranco en el cual también se abre la Cova de la Pastora, procede un fragmento de vaso con decoración incisa a base de triángulos (FAIRÉN y GARCÍA, 2004: 212; fig. 4.1) que recuerda a los materiales propios del Bronce Final advertidos para alguna de las cavidades mencionadas anteriormente.

El mejor conocimiento del registro material de ambos momentos y la aplicación de métodos de datación directos permiten hablar de un fenómeno de inhumación en el interior de cuevas caracterizado por la presencia de enterramientos secundarios, siempre en número reducido y cuya extensión no sólo se limita a las tierras valencianas sino que ocupa también parte del sureste peninsular (LORRIO, 2009).

Este tipo de ritual no es exclusivo de este momento sino que se advierte una amplia variabilidad de sistemas funerarios, que también pueden hacerse extensivos a otros momentos de la Edad del Bronce, al observarse sepulturas individuales en el interior de poblados o sepulturas colectivas en el interior de cavidades. Esta variedad hace pensar para la Edad del Bronce de buena parte de las tierras valencianas en la no existencia de un ritual estandarizado (DE PEDRO, 2010: 68), situación que contrasta con las prácticas funerarias observadas en yacimientos ubicados en las comarcas meridionales (San Antón de Orihuela, Tabaià de Aspe o La Illeta de El Campello) donde está institucionalizado el enterramiento individual en el interior del poblado, hecho que, junto al análisis del registro material, ha permitido vincular este territorio con el mundo argárico.

Al igual que ocurría con el modelo de distribución advertido para las cavidades con materiales eneolíticos, la distribución de las cavidades con evidencias funerarias pertenecientes al Bronce Final se relaciona también con la presencia de asentamientos de hábitat en las proximidades. En este sentido, F.J. Molina y F.J. Jover (2007: 85) han planteado que a partir del Bronce tardío-final se produce en distintos valles del ámbito meridional valenciano un cambio significativo en los patrones de asentamiento. A partir de este momento, los asentamientos ya no ocuparán los contrafuertes montañosos tal y como se describe para el Bronce pleno, sino que se emplazan sobre terrazas o laderas próximas a los fondos de los valles, siempre próximos a las mejores tierras agrícolas, siendo buen ejemplo de esta transformación el asentamiento de la Mola d'Agres (GIL-MASCARELL y PEÑA, 1994), la comarca del Bajo Vinalopó (ABAD ET ALII, 2001; TRELIS ET ALII, 2004) o la Canal de la Sarga (MOLINA y JOVER, 2007). Este modelo vendría complementado por la frecuentación de cavidades, algunas de ellas con finalidades funerarias según demuestran los yacimientos anotados anteriormente, lo que describe la existencia de un patrón de ocupación complejo en el tránsito entre el II y el I milenio a.C.

Más allá de los tiempos prehistóricos, la Cova d'En Pardo continuará siendo frecuentada por diversos grupos humanos y con finalidades distintas, hecho que nos recuerda la importancia que debieron jugaron las cavidades como refugio o como lugar de significada visita para las sociedades históricas.

De esta manera, y gracias a la secuencia temporal documentada a través de las excavaciones llevadas a cabo en la Cova d'En

Pardo, podemos aproximarnos a cómo el ser humano ha aprovechado el territorio de la montaña alicantina a lo largo de los últimos milenios, usos que han ido variando con el tiempo, adaptándose a las distintas necesidades económicas o sociales de los grupos que pasaron por esta cueva y por este territorio, grupos que dejaron su impronta no sólo a través de sitios arqueológicos, sino también a través de otras manifestaciones mucho más profundas de las que

hoy apenas contamos con leves resquicios y cuya desaparición, si no lo evitamos, supondrá el olvido de aquellas gentes y de aquellos paisajes que, como nos recuerda la cavidad que ahora nos ocupa, no fueron ni tan diferentes ni tan lejanos.

Villena, agosto de 2011



Figura 11.20. Corral morisco situado frente a la boca de acceso a la Cova d'En Pardo.

